

## La Política que fue Ultima Batalla

POR LORENZO MEYER

“**D**EJAD que los muertos entierren a sus muertos”. Esa frase del Nuevo Testamento me desconcertó cuando leí los Evangelios, allá en mi adolescencia. La encontré demasiado dura, más propia del Dios tonante del Antiguo Testamento que del misericordioso del nuevo. Hoy, al repensarla en función de cosas de este mundo —concretamente de la política— me parece justa y clara. En realidad, eso es lo que los mexicanos, en nuestro carácter de comunidad nacional, estamos hoy haciendo, sin proponérselo, y de la manera más natural: dejamos que aquellos que ya están muertos en su espíritu político entierren algo que también ya murió: la antigua forma de hacer política.

La falta de visión, integridad y voluntad, llevó a que aquel puñado de individuos que tuvo la responsabilidad de dirigir los destinos políticos de México en el pasado reciente, simplemente dejara pasar su oportunidad histórica: la de cambiar a tiempo.

★

**E**N efecto, visto desde la perspectiva que hoy nos da la crisis, el momento ideal para cambiar la forma en que se ejerce el poder en México hubiera sido el de los años sesenta y setenta. Sin embargo, el tiempo se dejó correr sin aprovecharlo para poner al régimen a tono con los cambios que estaban ocurriendo en la sociedad que lo sustentaba; las pocas cosas que se modificaron entonces sólo tuvieron como objeto el que todo siguiera igual. Fue así como en esos años el viejo dictum de “el poder absoluto corrompe absoluta-

mente” se nos manifestó con toda su feroz realidad. Los sexenios de Díaz Ordaz, Echeverría y López Portillo fueron —hoy lo constatamos plenamente— el tiempo perdido de la pos-revolución.

Ya sin vitalidad, por haberse apartado de la realidad social que le dio forma, y en la soledad y el silencio de los corredores íntimos del poder, el ritmo del corazón del actual sistema político fue disminuyendo

hasta que llegó el momento en que dejó de latir. Su muerte no aconteció en medio del estrépito, el llanto, el polvo y el fuego del combate, sino que eso tuvo lugar de la manera menos heroica posible: entre el teclear de las máquinas, el chocar de vasos y cubiertos de los desayunos de trabajo, el repiquetear de los teléfonos de las oficinas, el ir y venir de edecanes, mensajeros y secretarías, los toques de ordenanza de los actos oficiales y las previsibles porras de las concentraciones públicas del PRI. Fue precisamente este ajetreo burocrático con su aire de normalidad lo que impidió que muchos —incluso los cercanos— se percataran del momento exacto en que los signos vitales del actual sistema político se apagaron. La realidad aparente —epidérmica— quiere hacer creer que esta muerte no ha tenido lugar, pero la realidad profunda —la realidad real— nos dice que el fallecimiento tuvo lugar en este sexenio.

★

**S**E acerca ya el momento de dejar que los muertos entierren a sus muertos. Es ya casi la hora exacta; el momento en que se va a iniciar el largo y enteramente predecible proceso de transmisión del poder entre la élite política. Todo parece normal, pero es casi seguro que ésta será la última vez en que se siga el libreto establecido desde hace varias generaciones para este acto decisivo. Estoy seguro que dentro de seis años las cosas van a ser distintas. No se necesita ser profeta para saberlo. Mientras por un lado la sociedad mexicana no ha cesado de mostrar vitalidad y transformarse, por el otro su élite política, carente de verdadero patriotismo, decidió refugiarse en la comodidad

de la fidelidad a sí misma y a no cambiar sus prácticas y actitudes. Al optar por este camino dejó que la realidad la rebasara, y que se cortara de la sociedad de la que deriva su vitalidad. Se tronchó entonces ese imprescindible cordón umbilical que provee de nutrientes a la política. Así pues, hoy el poder ya no encabeza y dirige, simplemente preside.

La sociedad mexicana se dispone a observar, desde atrás de la raya, el complicado proceso de la transmisión del poder, pero cons-

8-IV-87

ente de su simple papel de observadora, como quien asiste de lejos a un entierro de alguien que le es ajeno. Así pues, el sistema político mexicano, tal como lo conoció mi generación y las que le siguieron, se va a presentar a su última batalla tal y como lo hiciera el Cid Campeador: montado en su corcel de guerra, con la armadura reluciente, pero ya sin vida, sostenido apenas por un armazón de palos y cordeles. Obviamente este engaño no puede volver a repetirse. Es necesario, pues,

que los muertos se apresuren a enterrar a sus muertos.

Es muy posible, casi seguro, que este nuestro remedo de Cid —el PRI— también gane su batalla después de muerto, pero, en realidad, esta no será una batalla gloriosa, sino apenas una grotesca escaramuza contra enemigos tan débiles que aún no existen. La verdadera oposición apenas está surgiendo, pero este surgimiento es inevitable si las cosas continúan como hasta hoy. Por lo tanto, no sería prudente que dentro de seis años se intentara repetir el truco,

pues entonces los peligros serán enormes, ya que todos saben que el jinete en el corcel de guerra es simplemente un cadáver.

En este momento, al mexicano común y corriente le da lo mismo a quién le entregue el Presidente la banda tricolor en diciembre de 1988. Todos sabemos que el que la reciba será uno de los tres miembros del gabinete más cercano al Jefe del Ejecutivo: el secretario de Gobernación, el de Energía, Minas e Industria Paraestatal o el de Programación y Presupuestos. Para la sociedad en su conjunto, los tres secretarios en cuestión son, hasta este momento, indistinguibles entre sí, pues su existencia política no se ha dado en una circunstancia que les haya permitido desarrollar una individualidad, imponer un sello propio a su acción y que sea una base objetiva para suponer cuál será su respuesta frente al futuro incierto de México.

Ante lo desconocido no se puede opinar, de ahí que la sociedad en su conjunto no se sienta involucrada para nada en el proceso de seleccionar a su futuro gobernante. Esta impotencia de la comunidad mexicana para influir en su propio destino, es justamente lo que explica la enorme distancia que hoy la separa de sus gobernantes y lo que explica este principio del fin.

★

**S**EA quien sea la persona a la que se entregue la Presidencia en 1988, ésta haría bien en tomar los símbolos del poder, empezar a recorrer un camino nuevo, dejando los despojos del actual sistema político al cuidado de quie-

nes insisten en ser muertos vivos, es decir, de esos que aparecieron muy sonrientes y seguros de sí mismos en todas las fotografías de la familia que se tomaron en la XIII Asamblea del PRI. Si el nuevo gobernante en verdad quiere ser congruente con el tiempo histórico en que vivimos, deberá asumir plenamente y sin titubeos el hecho de que México ya llegó al final de una forma de hacer política, y que su sociedad está lista y dispuesta a dar vida a otra forma nueva y más participativa, y que esto lo va a hacer, de preferencia, por las buenas, pero si no, por las malas. Urge pues que los muertos entierren a los muertos y que aquellos líderes comprometidos con la vida, es decir con el futuro, busquen el encuentro con las fuerzas vitales de México,

que son muchas, y que no deben de ser desperdiciadas por más tiempo. En resumen, es indispensable asumir el hecho sencillo pero decisivo de que la política

que fue, que aún es, ya no será, que el futuro pertenece a aquellos que se atre-

van a no persistir en un presente que, en realidad, ya es pasado.